

Homilía Mons. Jorge García Cuerva
Homilía en la Misa conclusiva del Año Jubilar
28 de diciembre de 2025

Luego de haber celebrado la Nochebuena, podemos imaginar que la situación se tranquilizó, que María, José y el niño están pasando unos días apacibles en Belén, que ahora que son la Sagrada Familia, seguramente los problemas se terminaron. Y nada más lejos, el relato que nos hace el Evangelio de Mateo de los primeros años de la vida de Jesús rompe todo romanticismo, rompe toda poesía.

Mateo nos va a relatar que no pudieron vivir tranquilos y justamente el Evangelio que proclamamos en esta Misa de la fiesta de la Sagrada Familia nos relata algunas de las dificultades que tuvieron. El otro día, el domingo pasado, teníamos presente el primer sueño de José. José en sueños escucha al ángel que le dice que la lleve a María a su casa porque el niño que lleva en su seno es hombre del Espíritu Santo. Y así lo hizo.

Hoy el Evangelio nos relata los otros tres sueños de José. El primero de ellos, el ángel le anuncia que Herodes quiere matar al niño y por lo tanto tienen que huir a Egipto. Luego otro sueño le dirá que pueden regresar porque Herodes ha muerto. Pero habrá un último sueño en que José será alertado de que ahora gobierna Arquelao, el hijo de Herodes y por lo tanto mejor irse a Nazaret, no volver a Belén, por miedo a que también lo busqué y lo quiera matar a Jesús.

¿Por qué es importante en primer lugar resaltar los sueños de José? Porque como nos decía el Papa Francisco, rezar es soñar los sueños de Dios. Los sueños de José no son sueños que lo dejan anestesiado, atontado. No es que José vive de brazos caídos, al contrario, los sueños de José lo ponen de pie porque escucha en su interior la voz de Dios, la voz de Dios que le dice que

se levante, la voz de Dios que le dice que sea protagonista de su vida. No son sueños para atontar o anestesiar, son sueños para hacer de José un discípulo de Dios que quiere escuchar y cumplir la voluntad del Padre.

Por eso, queridos hermanos, finalizando este Jubileo de la Esperanza, creo que una de las primeras cosas que nos tienen que quedar a todos es que, igual que José, tenemos que ser soñadores con los pies en la tierra. Soñadores porque queremos escuchar la voz de Dios en nuestro corazón. Soñadores porque queremos seguir teniendo ideales.

Seguir creyendo que el reino de Dios es un proyecto que podemos construir entre todos. Seguir creyendo en la paz, en la justicia. Seguir sosteniendo que los valores del Evangelio son posibles, por eso somos soñadores pero lo somos con los pies en la tierra. No queremos ser espiritualistas, alejados de la realidad cotidiana. Al contrario, tomando el modelo de Dios que se encarnó y se hizo uno de nosotros, metiéndose de lleno en la historia, nosotros también.

Comprometidos con la realidad, comprometidos con la situación de nuestra Argentina en este tiempo, queremos al mismo tiempo seguir soñando que otro mundo es posible. Seguir soñando que entre todos podemos construir de la mano de Dios su proyecto, el reino.

El primer sueño, como les dije, es el anuncio del ángel a José diciéndole “Toma al niño y a su madre y huye a Egipto, Herodes quiere matarlo”. Y el Evangelio nos dice que José tomó de noche al niño. Lo tomó de noche, en la oscuridad. En la oscuridad seguramente de la noche, pero también en la oscuridad de su corazón. El miedo terrible de que Herodes mate a su bebé. El miedo terrible de que no lleguen a tiempo a escapar antes que lleguen los soldados de Herodes. Por eso es de noche. Como a veces también es de noche en nuestra vida. Como a veces también es de noche en nuestras familias. ¿Cuántas veces atravesamos noches de tristeza, de soledad, de discusiones,

de divisiones, de peleas por una herencia o peleas por plata? ¿Cuántas oscuridades a veces que comienzan en un chisme, en una crítica entre nosotros y nos transformamos en enormes enemigos, aunque llevamos el mismo apellido?

Las noches. Las noches de nuestras familias, que hoy las queremos poner en el portal de Belén. Porque queremos pedirle a Dios que así como acompañó y guió a la familia de Nazaret, también nos acompaña a nosotros en nuestras noches. Y que igual que José, por más que sea muy oscuro lo que estamos viviendo como familia, no nos quedemos quietos.

José en medio de la noche se levanta, se levanta y se pone en camino. Nosotros también, a pesar de las dificultades que pueda vivir cada familia, como decía mi abuela, -cada familia es un mundo-, cada uno sabe por lo que pasa, no nos detengamos, no nos quedemos quietos. Al contrario, como José y María nos ponemos de pie y nos ponemos en camino.

Por otro lado, la familia de Nazaret hoy se identifica con la familia de los migrantes. Hoy la familia de Jesús sale de Belén, se van a Egipto, otra cultura, otro idioma, otra manera de vivir. No solamente Dios se hace uno de nosotros, sino que se hace uno para compartir todo. Dios se hace un hijo de migrantes, y de migrantes forzosos, como tantos migrantes forzosos hay en nuestra patria. Pienso tan solo en nuestra ciudad de Buenos Aires, nuestros hermanos venezolanos, que son la comunidad más numerosa en este momento de migrantes en Buenos Aires. Muchos de ellos no han venido porque quisieron, se vieron obligados a salir de su patria. Y como nos dice el Papa León XIV, “Son testigos de esperanza nuestros hermanos migrantes, porque muestran, por un lado, su enorme confianza en Dios y también su resiliencia al superar obstáculos”. Se ponen de pie y se levantan como José, no se quedan aplastados por los problemas.

En esta Misa también, y pensando en la familia grande que somos todos, vamos a pedir por nuestros hermanos migrantes, aquellos con los que hoy la Sagrada Familia de Jesús identifica, “Para que no encuentren, -como nos dice también León XIV-, en nosotros la frialdad de la indiferencia o el estigma de la discriminación”. Al contrario, que encuentren hermanos que los reciben, que los acompañan, que los sostienen.

La familia de Jesús es amenazada por Herodes, y después será amenazada por Arquelao, su hijo. Cambian los nombres, pero siguen las amenazas. Hoy también las familias se ven amenazadas. Quizá no sea Herodes, no sea Arquelao, pero la amenaza que reciben nuestras familias, por ejemplo, la amenaza de la adicción al juego de la que son víctimas tantos niños y adolescentes, y de la que todavía no hay legislación o no se termina de hablar, el peligro que es la adicción al fuego en nuestras familias.

La amenaza que son los problemas económicos, la amenaza que es la violencia intrafamiliar, la amenaza que es la soledad, porque quizá vivimos bajo el mismo techo, pero nos sentimos profundamente solos porque no hablamos de lo que nos pasa. Siempre con el celular delante, con la televisión, o con esa respuesta facilista de decir que “Está todo bien”.

La amenaza del desprecio de los valores propios de la familia, el diálogo, la fidelidad, el compromiso, la amenaza que ha significado desde que hace cinco años se legalizó el tema del aborto. ¡Cuántas amenazas que viven nuestras familias! No son Herodes y Arquelao, pero también atentan contra ella. Por eso, finalizando este Jubileo de la Esperanza, quiero comprometerlos a todos, para que también, y a pesar de las dificultades, como José y María, nos pongamos de pie, nos levantemos. En el Evangelio cuatro veces dice que José se levanta. A levantarse, queridos hermanos, que el jubileo no quede en un lindo recuerdo, sino al contrario, soñadores con los pies en la tierra nos comprometemos a ser testigos de esperanza en la realidad

cotidiana. Dura, durísima, como lo fue para la Sagrada Familia de Jesús, María y José. Pero no nos vamos a quedar ni quietos ni de brazos caídos.

Quisiera comprometerlos a defender, como José y María, la vida frágil, a cuidar la vida de los más débiles, a cuidar la vida de nuestros niños desde la concepción, a cuidar la vida de nuestros abuelos y de nuestros ancianos, a cuidar la vida frágil de nuestros hermanos discapacitados, a cuidar la vida frágil de quienes viven en la calle, de quienes son víctimas de la droga, del alcohol, del juego. Mucha vida frágil en nuestra sociedad, en nuestra familia grande, porque no solamente somos familiares de quienes tienen la misma sangre o el mismo apellido, sino que hay una familia grande que tiene un único Padre, que es Dios. Por eso no nos podemos desentender frente a lo que le pasa o lo que vive nuestro hermano, aunque no sepamos su nombre.

Comprometidos a cuidar la vida frágil. Que Dios bendiga a nuestras familias, que Dios nos siga animando en la esperanza, que nos pongamos de pie y nos levantemos como José y María, que nos cuidemos de las amenazas de nuestras familias y las amenazas que vive nuestra sociedad, y que tengamos en cuenta que el Emanuel, el Dios con nosotros, el niño Dios, comparte toda nuestra vida, el pesebre sigue siendo un enorme canto de amor. Porque en Belén, quizá en Egipto también y en Nazaret, faltaba de todo. Faltaban comodidades, quizá faltaba también luz, faltaban bienes económicos, pero lo que sobraba era amor, el amor de Dios por la humanidad, el amor de María y José por ese niño, ese mismo amor que Dios nos demuestra queriendo compartir la vida con nosotros hasta el final, compartiendo y viviendo lo mismo.

Hoy, la familia, con todos sus problemas y dificultades, pero con la esperanza de salir adelante, porque como testigos de esperanza y aunque el Jubileo termine, seguimos peregrinando, siendo soñadores con los pies en la tierra. Amén.